

vina Commedia aparece en el italiano: la luz de la *alegoría*, brillando con nunca vistos resplandores, se refleja al par en las mansiones del ETERNO DOLOR, en el albergue consolador de la esperanza, y en la morada de la beatitud eterna. Por ella se condensan los tiempos y se congregan en un mismo espacio los héroes de cien pueblos y generaciones: por ella reciben espantosos y perdurables castigos los más grandes criminales que han afrentado á la humanidad, sin que la gerarquía á que los ha levantado el mundo, ni la dignidad y consagración de sus personas y de sus nombres templen un solo instante el rigor de la inflexible ley, á que sus vicios y sus pecados los sujetan.

Cuanto existe en la *ciudad doliente*, cuanto contempla el discípulo de Virgilio en la prodigiosa montaña del *Purgatorio*, todo se halla cubierto de aquel velo misterioso, que envolviendo las penales amarguras de los hombres, oculta al par las más recónditas profundidades de la ciencia de Dios, revelando no obstante los inagotables tesoros de su misericordia y de su gracia. Al tocar el poeta con planta venturosa las vírgenes regiones del paraíso terrenal, transforma la *alegoría* á sus ojos todo lo creado: Beatriz, emblema de la ciencia divina y objeto constante de santo y puro amor, aparece en nube de flores, que derraman los ángeles sobre el carro místico de la Iglesia, donde, representada su doble naturaleza, se muestra el Hijo del Eterno, rodeado de los cuatro Evangelistas y de las siete Virtudes ¹. Por oculto poder, que recibe de la Primera Esencia, conduce Beatriz al vate florentino de planeta en planeta, hasta llegar á la celestial Jerusalem, para ocupar la silla de luz que le está destinada, confiando la guía de su amado á un anciano venerable y radiante de gloria, durante el resto de su viage.

San Bernardo le enseña en efecto á admirar el triunfo de María, asentada en la cima del primer círculo de la rosa, que figura la inmortal Jerusalem, y obtiene de la madre del Verbo que le sea permitido contemplar la fuente de

¹ Canto XXIX del *Purgatorio*. Esta vision alegórica es una de las más bellas de la *Divina Commedia*.

la eterna beatitud; pero deslumbrado el Dante á tan sublime é inefable espectáculo, sólo acierta á indicar que ha creído ver tres círculos de igual magnitud, bien que de diversos colores, en el segundo de los cuales ha pensado descubrir una figura humana. Ante este misterio que es sin duda el más alto que puede concebir la mente del poeta; ante esta maravillosa *alegoría*, la más elevada de cuantas era dado expresar al arte cristiano, inclina el amante de Beatriz la inspirada frente, poniendo término á su desusado canto y sometiendo su voluntad á la de aquel *Primer Amor*, á cuyo querer se mueven las estrellas y los astros.

Una forma literaria, á cuyo influjo giraba tan complicada y sublime máquina poética, encerrando en mil y mil cuadros de admirable estructura todas las galas de una fantasía verdaderamente creadora, no podía dejar de producir extraordinario entusiasmo entre los ingenios eruditos. La *Divina Commedia* avasalla al par todas las inteligencias y se ofrece á todos los cultivadores del arte en las regiones meridionales de Europa, como el más acabado modelo.—Florenia, Bolonia, Pisa, Venecia y Plasencia instituyen cátedras públicas para explicarla, cabiendo la honra de inaugurar aquella difícil tarea al celebrado autor de *Il Decamerone* ¹: imítanla al propio tiempo Fazio degli Uberti en su *Dittamondo*, Frezzi da Foligno en su *Quadriregno*, Armenino Boloñés en su *Istoria Fiorita* ²; y mientras el renom-

¹ El decreto que instituyó en Florenia la referida cátedra, lleva la fecha de 9 de agosto de 1373;—en Bolonia comenzaron las explicaciones en 1375;—en Pisa en 1385;—en Plasencia en 1398, época en que Venecia tomaba igual acuerdo. Los primeros expositores que en estas ciudades tuvo la *Divina Commedia*, fueron en el orden indicado: Benvenuto de Rambaldi da Imola, que escribió un largo comentario; Fr. di Bartolo da Buti; Filippo da Reggio y Gabriel Squaro (Tiraboschi, t. V, pág. 398).

² Los poemas de Uberti y Frezzi han sido una y otra vez examinados por los críticos: no así el de Armenino, apenas mencionado hasta ahora. Poseyólo el docto Marqués de Santillana en su selecta librería, que dimos á conocer en sus *Obras* (págs. 592 y siguientes), donde en el artículo oportuno hicimos un breve análisis del mismo (págs. 597 y 98). Para conoci-

brado cantor de Laura, que sólo llega á conocerla en los últimos años de su vida, se lisongeaba tal vez en sus *Triumpho* con la idea de émular sus aplaudidas bellezas, apresurábanse también á tomarla por norma y pauta de sus producciones los poetas castellanos que florecen en los reinados de Juan I y Enrique III, traída al suelo español por un ingenio que nacido en Italia, «meresció en estas partes del Occaso el premio de la »triumphal é laurea guirlanda», llevando por excelencia el título, no de trovador ó decidor, sino el más elevado de poeta 1. Tal hizo el distinguido Miçer Francisco Imperial, cuyo nombre hemos consignado en igual sentido, al comenzar el presente volumen 2.

Notable era en verdad el movimiento de las musas españolas, cuando se inicia y triunfa en nuestro parnaso la innovacion *alegóricodantesca*. Pero ya lo dejamos repetidamente insinuado: mientras se iba de día en día ensanchando el círculo de la erudición, reservada en siglos anteriores á las escuelas clericales; mientras cundía entre todas las clases de la sociedad aquel noble estímulo de ilustracion, que trastocando en cierta manera el ór-

miento de nuestros lectores no juzgamos fuera de propósito notar que el poeta se supone transportado á una selva, donde se le aparece una matrona, á quien dá el nombre de *Fiorita*, la cual le sirve de guía en la extraña peregrinacion que emprende por la *montaña de la historia*. A su vista, pasado un rio que dá vuelta á la montaña, se muestran los poetas y los héroes de la antigüedad, desde los tiempos más remotos, recorriendo así todas las épocas y conmemorando todos los pueblos hasta trazar el cuadro de la grandeza romana. Este poema se terminó en 1329, como consta en el precioso códice que existe hoy en la biblioteca de Osuna, P. II, lit. M. número 8, antiguo. Como advertimos en las *Obras del Marqués de Santillana*, está escrito en prosa y verso.

1 Marqués de Santillana, *Carta al Condestable*, párrafo XVII.

2 Véase el cap. I. Ya antes habíamos dado á Imperial esta legítima representación en la historia de la poesía española, al publicar la *Vida y Escritos del Marqués de Santillana*, con que ilustramos sus *Obras* (páginas CXV y CXVI de la misma). Los anotadores del *Cancionero de Bae-na* le negaron toda influencia en nuestro parnaso; pero despues veremos con cuán poco fundamento.

den de la educación y de los estudios, despojaba á las enseñanzas de la filosofía y de la historia de la sobriedad conveniente para llegar á fructuosa madurez; y mientras arrojado de su verdadero cáuce, se desvanecía el sentimiento estético del pueblo castellano, ambicionando al par las galas y preseas debidas á extrañas literaturas,—mostrábanse los poetas de la España central inficionados de todos los vicios que traen consigo la pedanteria y el anticipado refinamiento de una cultura imitadora.

Ni era ya para ellos el amor, fuente y vida de todo arte, aquella adhesión pura y agena de toda inverosímil hipérbole, que habia brillado con sin igual verdad y pureza en los primitivos *cantares* de la musa nacional; ni encerraban sus *canciones* y *dezires* los tesoros de fé y de piedad, que en no lejanos dias la habian engrandecido; ni reflejaban la llama del fuego pátrio, que habia iluminado las grandes figuras del héroe de Vivar y de Bernardo del Carpio, de Fernan Gonzalez y de Alfonso XI.

Muestra de lo que iba siendo la musa erudita de los castellanos, inclinada cada vez más al cultivo de la poesia lírica, eran desde el reinado del Rey don Pedro las obras de don Pero Gonzalez de Mendoza, escritas en la juventud de este prócer, que sella en el desastre de Aljubarrota con su propia vida la acrisolada lealtad de sus abuelos, conforme en su lugar oportunamente consignamos 1. Ganaban mayor lustre y se acaudalaban con nuevos primores las formas artísticas: cobraban también mayor flexibilidad y riqueza las formas de lenguaje, por más que sólo se haya reconocido hasta ahora este adelantamiento en los tiempos de don Juan II 2; pero en cambio faltaban la sencillez y na-

1 Véase el capítulo XX de la II.ª Parte.

2 Este es el comun sentir de la crítica, sin exceptuar los escritores que han tratado con mayor detenimiento, en los últimos años, de literatura española. El exámen de los poetas que florecen en la segunda mitad del siglo XIV, justifica plenamente nuestra observacion, que autorizan además las doctas palabras del marqués de Santillana, relativas á la corte de don Enrique III, que expondremos oportunamente. Los que sin reparar en los

turalidad, la concisión y brio de la expresión, caracterizando todas las producciones amatorias cierta galantería cortesana, que se extremaba con el inoportuno ejemplo de los héroes de la antigüedad y de los paladines de la caballería, y resaltando en las historias la lisonjera facilidad del poeta palaciego, cuya inspiración, nacida en el favor de las antecámaras de próceres ó reyes, ni estriba en las creencias populares, ni se alimenta del entusiasmo que engendran en grandes y pequeños las altas empresas, llevadas á feliz remate en nombre y para bien de la patria.

Esta enseñanza debemos al estudio de las poesías de Pero Ferrús y de Alfonso Alvarez de Villasandino, de Perafán de Rivera y del Arcediano de Toro, de Garci Fernandez de Gerena y de otros diferentes ingenios de la corte de Enrique II y Juan I.

Es el más antiguo de todos, por confesión de Villasandino, el castellano Pero Ferrús, que hubo sin duda de florecer en parte del reinado de don Pedro ¹, abrazando todo el de Enrique II, según persuade la composición escrita á la muerte de aquel príncipe. Breve es el número de las obras transmitidas hasta nosotros ²: cúmplense sin embargo en las que existen todas las observaciones que llevamos expuestas; y ya elogio la belleza de su *amiga*, confesándose más enamorado que Lisuarte y que Roldán, anteponiéndola, en pedantesco paralelo, á Vénus y Palas, á Polixena y Elena, á Briseyda y Dido, á Ginebra é Isolda, y dando-

ingenios de esta época, supusieron que sólo ofrecía una gran laguna literaria, desconocieron de todo punto la historia del arte.

¹ Esto se deduce de las palabras de Alfonso Alvarez de Villasandino, quien viviendo en la corte de Enrique II, decía á Alfonso Sanchez de Jaen, denostando sus versos:

Ya en su tiempo don Pero Ferrús
Fizo dezires mucho más polidos
Que non estos vestros laydos é fallydos, etc.

(*Canc. de Baena*, núm. 124, pág. 124).

² Tienen en el *Cancionero de Baena* los números 301, 302, 304 y 305.

le el nombre de *Belaguisa*, á usanza de los trovadores ¹; ya se burle de los ritos y ceremonias de los Rabíes de Alcalá, excitando la *vis poética* de los mismos, quienes le replican en igual género de metros, declarando que no aventajan los ruseñores en el vergel los cánticos matinales, con que saludan á su Dios ²; ya en fin celebre al bastardo de Trastámara, ponderando en él aquella largueza tan fatal para Castilla y le equipare á los grandes reyes pasados, exagerando sus dotes de gobierno y sus escasas virtudes bélicas hasta presentarle cual digno del renombre de *conqueridor*, que el universal aplauso de sus vasallos había dado al debelador de Algeciras,—siempre aparece como partidario de la escuela provenzal, que había logrado entre los cortesanos excesiva preponderancia. El amor por él pintado, lejos de revelar una pasión verdadera, se funda en una colección de términos artificiales, que ni determinan situación alguna de la vida, ni reflejan ninguna de aquellas cualidades, bastantes á formar un carácter poético: el sentimiento pátrio que se traduce á sus versos, lejos de personificar el noble y generoso anhelo de la prosperidad pública, se encamina á prevenir con los no merecidos elo-

¹ Los anotadores del *Cancionero de Baena* observaron que *Belaguisa* debía ser la heroína de algún libro de caballerías desconocido, ó tal vez palabra compuesta por el autor de *bella* y *guisa* (Notas, pág. 677, col. 1). Nosotros juzgamos lo último, y damos alguna importancia á este particular, porque como vá en el texto insinuado, determina al punto que llegaba la imitación de los trovadores. Estos apellidaban á sus damas con frecuencia *Bel-vezer*, *Bel-donayre*, *Bel-cavallier*, *Bel-Semblant*, etc., como nos enseñan las obras de Bernardo de Ventadour, Rambaldo de Vaqueiras, y otros muchos de los más renombrados cultivadores de la poesía lemosina.

² Los rabíes de Alcalá usan la lengua de Castilla con la misma soltura que Pero Ferrús, no desmereciendo tampoco los metros por ellos empleados de los de aquel afamado trovador. Téngase presente esta observación para más adelante, en que examinando las poesías de otros judíos y sarracenos, mostraremos cómo se amoldan unos y otros á los progresos de metrificación y lengua, contra lo que han asegurado los traductores de Ticknor, al pretender fijar la época de ciertos poemas aljamiados. Véase la nota de la página 154 del anterior capítulo.

gios del rey muerto el favor, que espera en la magnificencia del rey vivo ¹.

Análogo juicio puede y debe formarse respecto de Alfonso Alvarez de Villasandino, apellidado también de Illescas y de Toledo ². Concedióle el docto marqués de Santillana título de *grand decidor*, añadiendo que podía repetirse respecto de él «aquello que en loor de Ovidio un grand estoriador describe, con-

¹ Esta misma intención descubrimos en la composición que dirige Ferrús á Pero Lopez de Ayala, señalada en el *Cancionero de Baena* con el número 305. Después de elogiar sobre manera á los héroes de la antigüedad, comenzando por los fabulosos y siguiendo por los griegos, troyanos, cartagineses y hebreos, no sin mezclar los paladines caballerescos, menciona á los caudillos y reyes españoles que más se distinguieron por su valor en la obra de la reconquista, diciendo respecto del bastardo de Alfonso XI:

Don Enrryque, rrey de España,
Que por esfuerço et por sesso
Todo el mundo tovo en peso, etc.

Sólo suponiendo que Ferrús había recibido extremada protección de Enrique II, puede tener disculpa este adulatorio lenguaje, que por desgracia se hizo harto común entre los trovadores que le suceden, como notaremos adelante.

² Esta circunstancia hace creer que Alfonso Alvarez era natural de Villasandino, siendo heredado en Illescas y morando á menudo en Toledo. De lo primero persuade la seguridad con que alude á dicho pueblo, tratando de su naturaleza: de lo segundo nos convence su propia declaración, contenida en estos versos, dirigidos á don Sancho de Rojas (Número 160 del *Cancionero de Baena*):

Por non padescer á tuerto,
Vendo todo, á fumo muerto,
Quanto ove heredado
En Illescas é aun comprado.—

De lo tercero deponen las frecuentes alusiones, que hace á su residencia en la imperial ciudad, debiendo advertirse que no otra es la denominación que lleva en diversos *Cancioneros* del siglo XV, tales como el de Hija, el de la Biblioteca patrimonial de S. M. que daremos á conocer en breve, y el de la Imperial de Paris, de que poseemos multitud de producciones inéditas.

«viene á saber: que todos sus motes é palabras eran metro» ¹. —«Esmalte é lus é espejo é corona é monarca de todos los poetas» é trovadores, maestro é patron del arte poética» le apellidaba repetidamente Juan Alfonso de Baena, al copiar sus numerosas composiciones en el famoso *Cancionero*, á que prestó nombre ². Tuviéronle en grande estima sus coetáneos, y solicitaronle, para que elogiase por ellos á sus damas y amigas, magnates tan esclarecidos como el conde de Buélna don Pero Niño, y el adelantado Pero Manrique ³. Con cierta vanagloria llegaba él mismo á reputarse verdadero maestro y oráculo de toda poesía, escribiendo al par cantigas á la Virgen, loores á los reyes, lisonjas á sus mancebas ⁴, y elogios á las damas más ilustres,

¹ *Carta al Condestable*, núm. XVII. El Marqués le dió el apellido de *Illescas*.

² Baena añade que Dios «puso en él gracia infusa», manifestando así hasta qué punto llegaban la fama de Alfonso Alvarez y la hipérbole de sus alabanzas (Véase el epígrafe de sus cantigas en dicho *Cancionero*).

³ Son las composiciones que llevan en el expresado *Cancionero* los números 8, 10 y 32 que empiezan, la que hizo para Manrique:

Señora, flor de azucena:

las que escribió por ruego del conde, para loor de doña Beatriz, su muger, y cuando el infante don Hernando la prendió:

1.ª La que siempre obedesçi.

2.ª Fasta aqui passé fortuna, etc.

⁴ Fueron estas doña Juana de Sossa y doña María de Cárcamo, obsequiadas ambas por el rey don Enrique, el Viejo (el II), quien ya que no pudo en otra cosa, imitó en esto, y no sin creces, á su padre don Alfonso. —Villasandino se mostró tan pródigo en las alabanzas de doña Juana que, al escribir la cantiga que empieza: *Acabada fermosura*, le dijo don Enrique que pues le había dado aquel nombre «que ya non fallaría más loores que decir della». En el *Cancionero de Baena* existen sin embargo hasta quince cantigas, demás de la indicada, algunas de las cuales fueron sin duda escritas después, mostrando todas cuán versado estaba Alfonso Alvarez en el lenguaje de las lisonjas y cuán fácilmente se inspiraba por cuenta de

entre las cuales, haciendo oficio de galanteador, prefirió á la infanta doña Leonor de Castilla, reina de Navarra desde 1375 ¹.

En su afán de requerir de amores á cuantas bellas contemplaba, iba hasta el punto de tomar por dama la que habia sido antes combleza de Enrique II, manifestándose á poco andar tan prendido en las redes de una beldad sarracena que no vacilaba en asegurarle que «pornía por ella en condicion su alma pecadora» ². Armado entre tanto caballero por el expresado príncipe,

otro. Tienen todas en el *Cancionero* los números 11, 12, 13, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 23, 43, 45, 48, 49, 50 y 51.—Doña María de Cárcamo, menos favorecida sin duda, aunque no menos halagada, pues que la apellida *luz de parayso y linda estrella*, manifestando que la serviría (don Enrique) como *rey, ora vena muerte ó vida*, sólo tiene una cantiga, designada con el número 24.

1. Se conservan en el *Cancionero* citado cuatro composiciones que se refieren á doña Leonor, designadas con los números 25, 26, 27, 41 y 46. La primera es un diálogo entre el *cuerpo* y el *corazon*, en que uno y otro se lamentan de los dolores que amor les causa; la segunda es la despedida de doña Leonor, á tiempo de partir á Navarra; la tercera es cierta manera de súplica que el poeta dirige á la Infanta para que le mande curar las llagas de amor; la cuarta tiene por objeto el celebrar la belleza de «unas lindas doncellas et damas que andavan con la Reyna de Navarra», de una de las cuales se confiesa enamorado; la quinta es en fin un elogio directo de doña Leonor, ya reina. Estas cantigas, como las anteriores, están escritas, ya en gallego, ya en castellano.

2. Lo primero se deduce de algunas de las cantigas, citadas en la nota penúltima, tal como la que señalada en el *Cancionero* con el núm. 45, comienza:

De grant cuita sofridor
Foy é só, siempre séré, etc.

que segun se expresa en su epígrafe, fué escrita por «amor é loor de doña Juana de Sossa, por que le diera lugar é manera á que la pudiesse loar é amar é obedecer é servir». De lo segundo nos da testimonio otra cantiga, que se ha impreso en el referido *Cancionero*, como prosecucion de la que lleva el núm. 31 (pág. 33) y tiene este estrofillo:

Quien de lynda se enamora,
Atender deve perdon,
En caso que sea mora.

colmado de bienes y mercedes, é investido con las ambicionadas insignias de la Vanda, que le ganó sin duda su pericia en las artes de la guerra ¹, consignaba Villasandino en sus composiciones el fallecimiento del referido soberano; colmándole de elogios [1379], la muerte de la reina doña Juana [1381], la de doña Leonor [1382], el desastre de don Juan I, su esposo [1390], y más adelante lloraba con otros muchos poetas el temprano fin de Enrique III [1406].

En efecto, la belleza que en esta obra es aplaudida, viene de *lynage de Agar y de la lynia de Ismael*, dotada por Mahoma de *alvos pechos de cristal* y de tal *fermosura que la non podía decir* el poeta. Este motejaba despues, ó lo habia hecho ya, á Garci Fernandez de Gerena, por sus amores con una juglara mora, segun veremos en breve.

1. Quejándose al rey Enrique III del mal tratamiento que le daban otros poetas más jóvenes, refiérole su vida, manifestándole que obtuvo desde su juventud del rey su abuelo honras que mantenía y mantendría (que mantengo é manterné), añadiendo:

El qual por quien rogare
Quel quiera Dios perdonar,
Me dió su vanda et collar.

Y luego:

Por este señor cobré
Orden de caballería
E con grand franqueza un día
Me casó con quien cassé.
Deste resçebí é tomé
Muchos bienes é merçedes;
Pues en su corte ya vedes
Si perdi ó si gané:
Sabe Dios commo é porqué.

Dios y todo el que lea las cantigas laudatorias de doña Juana de Sossa y doña María de Cárcamo.—En cuanto á la pericia militar de Villasandino, parecen acreditarla los siguientes versos de Fr. Pedro de Colunga, al suplicarle que le declarase «algunas figuras oscuras del *Apocalipsi*»:

Señor Alfonso Álvarez, grant sábio perfeto
En todo fablar de lynda poetría;
Estrenuo en armas é en caballería,
En rregir compañías, sin algun defeto, etc.

Llegaba así á edad avanzada; y aunque gastada su salud y consumida su hacienda al vuelco de los dados, de que era muy devoto, no por eso le abandonó su genio poético, ya tomando parte y aun promoviendo aquellas lides artísticas que tan del gusto de la corte se habian hecho, al terminar el siglo XIV; ya lanzando picantes sátiras contra los contadores y oficiales reales que eran obstáculo al logro de las continuas demandas pecuniarias, con que abrumaba á reyes, infantes y magnates; ya en fin halagando los encontrados intereses de los últimos, con burla, á veces poco decorosa, de sus elevados adversarios ¹.

1 Entre las sátiras más ó menos embozadas que fulmina á veces Villandino, deben recordarse las que dirige al Cardenal don Pedro de Frias, valiéndose de las profecías de Merlin, que tanta fama habian logrado entre los eruditos desde mediados del siglo. En ellas se levanta alguna vez á la verdadera region del sentimiento patriótico. En la que lleva por ejemplo el núm. 97 del *Cancionero de Baena*, leemos estos rasgos que pintan el estado de la corte de Castilla, bajo la privanza del Cardenal referido:

Non prescian al bueno | sinon al más syn;
Falla el leal | las puertas cerradas:
Las obras del cuerdo | son menospreziadas
E tienen al loco | por grant palazin.
Non façen mencion | de Benamarin
Nin de las conquistas | del rey don Ferrando,
.....
E tienen los armas | guarnidas de oryn;
Prescianse mucho | de rropas brosladas, etc.

Las composiciones señaladas con los números 115 y 116 son de tan intrincado sentido que sólo para los que vivieron en aquella edad y recibieron, como un hecho de feliz augurio, la caída del Cardenal, pudieran ser inteligibles. Otras sátiras escribió más adelante contra los palaciegos que eran obstáculo á la largueza del jóven Condestable don Alvaro de Luna ó de don Juan II, á quienes ya *viejo, cano, calvylo, y lleno el rostro de arrugas y el cuerpo de bidmas de socrocio, demandaba vistuario y dineros cada dia, cometiendo á veces censurables bajezas*. Entre estas sátiras es notable la marcada con el núm. 202, no sólo por darnos á conocer que no falta á Villandino cierto humor satírico en los últimos años de su vida [1424], sino porque nos descubre las vejaciones y desprecios de que fué víctima, doliéndose á menudo de que sus «*cantares no tenían ya dono ni sal*» (Núm. 200 del *Cancionero de Baena*).

Tal fué é hizo Villandino. Por su educacion literaria, cuyos perfiles eruditos ostenta en frecuente y no oportuno alarde; por la escuela poética, en que desde luego se filia; por su humor y su carácter, fáciles á toda lisonja é inclinados á usar de la venganza; por su poca fijeza y fidelidad en el amor, intemperancia que tiene el merecido castigo en su segundo matrimonio ¹; y últimamente por la soltura y poco recato de sus costumbres, que alguna vez se transfiere á su lenguaje ², ofrece Alfonso Alvarez de Illescas en la historia de la literatura española la imágen de los antiguos trovadores provenzales, que hicieron, como él, oficio y ministerio de su vida el cultivo de la *gaya sciencia* ³.

1 La cantiga núm. 6 del *Cancionero* citado dá testimonio de que «la postrimera esposa que ovo, que avia nombre doña Mayor,» no fué para Villandino «fermosura tan syn errança» como cantó al celebrar sus bodas (núm. 5): «repiiso del casamiento, más la quisiera tener por comadre que por mujer, segund la mala vida que en uno avian, por çelos et vejez et flaco garañon» (*Canc.*, pág. 16).

2 Véanse los *dezires* que van designados con los núms. 104 y 184 en dicho *Cancionero*.

3 Para que fuese más completa esta semejanza, el poeta que habia recibido honras y honores de los reyes de Castilla, preciándose de ser *quisto é amado* de ellos (núm. 184 del *Canc.*) y de ser hidalgo de *dos lanzas* (número 73), recibió hasta cuatro veces del cabildo de Sevilla la suma de cien doblas por otras tantas cantigas, escritas para ser cantadas por juglares el dia de Navidad. Todas son laudatorias de la capital de Andalucía, poniendo sus excelencias sobre las de cuantas ciudades tenían á la sazón merecida fama, en lo cual seguía la norma de los antiguos trovadores, para quienes era la hipóbole familiarísima. Esta manera de rebajar los ponderados frutos de su musa, que en tiempo del Rey Sábio le hubiera clasificado entre los que se envilecian por oficio, llegó en su vejez al extremo, dando á sus poesías el carácter de los cantares de ciegos y mendigos. El núm. 219 del *Cancionero* recuerda en efecto los que ya conocen los lectores debidos al Archipreste de Hita (II.^a Parte, cap. XXIII, pág. 533): tiene este estrivillo:

Señores, para el camino
Dat al de Villandino.

No es tampoco para olvidada la circunstancia de haber sido dos veces